

durante los años á que en este capítulo nos referimos, con excepcion de asuntos de la reina María Estuarda, ofrece escasos materiales á la historia. Florecia el país bajo los auspicios de una administracion bien entendida; y las artes, el comercio y la navegacion, comenzaban ya á tomar el vuelo, que les hizo con el tiempo ocupar un puesto tan esclarecido. A todo prestaba atencion y un ojo vigilante aquella princesa sagaz, astuta, previsora y económica, tan absoluta y despótica como su padre, tan celosa de sus prerogativas como jefe supremo de su iglesia; pero atenta siempre á templar la severidad de su carácter con la afabilidad y las gracias seductoras tan propias de su sexo. Aunque protegía en secreto la causa de los sublevados de los Países-Bajos, y los calvinistas de Francia, no estaba en guerra, ni con el rey de España ni con el de Francia, siendo de ambos temida y respetada. Si la *mujer* tenía caprichos y flaquezas que á veces la ponían en ridículo; si sus favoritos no eran siempre hombres de mérito, la reina sabía echar mano de ministros y consejeros hábiles, de negociadores entendidos, de hombres de tierra y mar que daban gran lustre al nombre de Inglaterra. Con gran tino y habilidad estaba trazada esta línea divisora. (1)

Los pequeños disturbios que agitaron algo la Inglaterra, provinieron todos del estado de efervescencia en que Escocia se encontraba, y de la particular situacion de la reina María, soberana sin estados, destronada en beneficio de un hijo menor de edad, prisionera en un país y por orden de una reina de quien había nacido y

(1) El carácter de la reina Isabel está desfigurado en casi todos los historiadores españoles, y aún en otras obras literarias de aquel tiempo. No han considerado en ella más que la bastarda de Enrique VIII, la fautora de hereges, la enemiga de Felipe II, la opresora de María Estuarda, sin descender á los otros pormenores que completan un retrato. Con el dictado de *loba* la designan muy frecuentemente. Denigrarla era una especie de deber, y á elogiarla ninguno se hubiese atrevido en aquel tiempo.

era en realidad independiente. Si en tan angustiosa situacion trató de proporcionarse la libertad que en vano reclamaba; si justamente resentida de la conducta de Isabel y de su hermano, escogió medios de volver mal por mal y agravio por agravio, disculpable era por cierto, y solo á sus enemigos se podían imputar sus desaciertos. De su victoria [en Lanside], que produjo la expatriacion de María, sacó Murray grandes ventajas consolidando un poder, que la evasion de esta reina del castillo de Lochleven había puesto en tan grande compromiso. Su jornada á Inglaterra, en lugar de hacerle daño, consolidó su favor con la reina Isabel, quien le dió dinero, aunque en secreto, á su salida de Westminster. A su vuelta á Escocia encontró el país tranquilo; pero pronto le suscitaron disturbios los partidarios de María, que levantaron el estandarte de la insurreccion y fueron al momento derrotados. Una intriga de amor ó de matrimonio, si se quiere, vino á complicar los negocios del regente, y causar á la reina Isabel inquietudes que pudieron ser muy serias.

Hemos hablado de un proyecto de casamiento entre María de Escocia, cuando se hallaba ya en Inglaterra, y el duque de Norfolk, católico, uno de los nobles más ricos y más influyentes en el reino. De qué persona nació la idea no se sabe; mas fué muy gustada de ambas partes; de María, por darse un favorecedor, un protector; del duque, tal vez por ambicion, quizá por haberse prendado, como á tantos sucedía, de la belleza y atractivos de la reina. Quedó Norfolk muy resentido del regente de Escocia, por haberle faltado á la palabra de prescindir en las acusaciones contra María, de cuanto tuviese relacion con el asesinato de su esposo, palabra á que faltó Murray como hemos visto, por parecerle que de este modo se conciliaría la benevolencia de la reina inglesa. Sus amigos los condes de Northumberland y Westmoreland, católicos como él, trataron de vengarle, interceptando el paso del regente á su regreso á Escocia. Sabedor Mur-

ray de este desiguio, prometió á Norfolk favorecer en adelante sus designios de matrimonio con María, por cuyo medio conjuró la nube; mas restituido á Escocia con seguridad, eludió el cumplimiento de una palabra que comprometia su poder y perjudicaba sus intereses. Norfolk no desistió por esto de su proyecto, que tanto halagaba su amor propio. Varios personajes del pais, á quienes le comunicó, gustaron de la idea hasta por política. La reina Isabel permanecia soltera, y no daba indicios de querer casarse. Su heredera era la reina de Escocia sin que nadie pudiera disputárselo, y hasta entonces no tenia mas sucesion que el rey Jacobo. En caso de faltar éste, parecia preferible casar á María con un inglés, en lugar de llamar una familia extranjera á la corona. Se formó pues para llevar adelante este proyecto una especie de liga ó asociacion entre varios personajes ingleses y escoceses. Se le tuvo muy oculto de Isabel, que se disgustaba mortalmente hablándole de sucesor, y jamás habia querido designar á su heredero. Mas como llegase el secreto á traslucirse, el conde de Leicester, favorito de la reina, uno de los partícipes del plan, ó por temor de caer en su desgracia ó tal vez iniciado por orden de Isabel, con objeto de saber lo que pasaba, se lo descubrió todo y puso de patente la correspondencia. Irritada la reina desbarató el proyecto; intimó al de Norfolk que viniese á responder de su conducta ante el Consejo, y despues de presentado se le envió á la torre.

Con la prision de Norfolk no vino completamente á tierra el plan del deseado enlace. Le llevaron adelante, sobre todo, los condes de Northumberland y de Westmoreland, y no contentándose con esto, alzaron el estandarte de rebelion contra la reina Isabel, auxiliados de todos los agentes y principales partidarios de María. La reina de Inglaterra hizo trasladar inmediatamente á la de Escocia á Coventry, plaza fuerte, donde la tendria mas segura, y se preparó á hacer frente á los rebeldes. Fueron estos derrotados, y los dos condes apelaron á la fuga. El

de Westmoreland se refugió en los Países-Bajos: cayó el de Northumberland en Escocia en manos del regente, y entregado á Inglaterra, fué encerrado en York, donde terminó sus dias algunos años despues en un suplicio.

Tenia la reina de Escocia á su favor todos los católicos de Inglaterra que entonces no eran pocos, siendo de notar que esta princesa en medio de su cautiverio, se consideró siempre como el alma de un partido separado del dominante en intereses, al mismo tiempo que en creencias. Que estaba con los principales enemigos de Isabel, á lo menos en inteligencia, es muy probable, y otra cosa no se podia ni debia suponer de sus justos agravios y resentimientos. Isabel no lo ignoraba, ni podia dejar de conocer que semejante cautiva la exponia á continuos embarazos. Permitirle salir libremente del pais, traia los mismos inconvenientes de que ya se ha hablado, y restablecerla en el trono era imposible. El único expediente que restaba era entregarla en Escocia en manos del regente, iniquidad que fué abrazada por Isabel, por no adoptar otro partido que le fuese muy funesto. Negoció pues con el regente la entrega de su cautiva, estableciendo por condiciones el que le conservaria la vida, dándole un trato correspondiente á su alta clase. Los embajadores de Francia y de España reclamaron contra un proceder tan contrario al derecho de gentes; mas para las naciones y para los gobiernos no hay otro derecho de gentes que su conveniencia, cuando pueden obrar impunemente. Sin embargo, los planes de Isabel en esta parte fueron frustrados por un accidente imprevisto y trágico, á saber, el asesinato del regente Murray, que tuvo lugar en 1570.

Jacobo, conde de Murray, hijo bastardo de Jacobo V, y hermano por lo mismo de la reina María, era un hombre de valor, de resolucion, de cierta capacidad en los negocios, ambicioso, como muestran serlo los que se mezclan en revueltas y en trastornos. Al principio se mostró favorable á los intereses de la reina en sus diferencias con algunos subditos rebeldes; mas las imprudencias de éste,

que hasta cierto punto no admitian disculpa, le hicieron ladearse hácia el partido opuesto. La ambicion del mando pudo mas en él que los vínculos de la sangre, y fué uno de los principales agentes del destronamiento de María. Por lo demas, era un hombre celoso por los intereses de la religion reformada, adicto de corazon á los intereses del partido. Su muerte fué una pérdida, y principio de nuevas convulsiones.

La faccion de la reina levantó altamente la cabeza, y comenzó una nueva lucha, abierta entre los que llevaban la bandera del hijo y los que defendian los intereses de la madre. Varias veces vinieron á las manos con alternativa de ventajas y derrotas, sin que ninguna tuviese probabilidad ni medios de quedar dueño absoluto del campo de batalla. El pais era teatro de males y desórdenes que cometian unos en nombre del rey, y otros invocando el de la reina. Mientras tanto no se habia nombrado sucesor á Murray, cuya plaza vacante excitaba la ambicion de muchos. La reina de Inglaterra salió al fin de la inaccion aparente que observaba en estos movimientos, y protegió altamente los derechos que alegaba para esta dignidad el conde Lenox, padre de Darnley, y abuelo por lo mismo del rey niño. Residente á la sazón en Lóndres, se dirigió á Escocia con una fuerza de unos mil hombres con que la reina le auxiliaba. Fué su presencia un bien para el pais, y pronto se vió investido con el título y funciones de regente. Mas no calmó esto los ánimos ni apagó el fuego de la guerra civil, que adquiria cada dia nuevo pábulo. Los dos partidos vinieron varias veces á las manos, con vicisitudes varias; y llegó á tal punto la division y equilibrio de las fuerzas é importancia, que cada uno convocó y reunió por separado un Parlamento.

Llamaban mucho la atencion de la reina de Inglaterra estos disturbios, que probaban á lo menos la existencia de un partido numeroso á favor de María Estuarda; partido ramificado con el católico, que en su pais aspiraba á destronarla á ella misma en favor de su competidora.

Cada vez conocia mas los embarazos y peligros á que la exponia el cautiverio de ésta; pero cuanto mas dura habia sido con ella su conducta, mas habia que temer de su resentimiento, una vez que se viese libre y fuera de su poderio. Resolvió, pues, negociar con ella, aunque no fuese con mas ventajas que las de ganar tiempo, y con este objeto le hizo saber, por medio de sus comisionados para ello, personajes todos de importancia, que estaba pronta á restablecerla en su trono, con la condicion de que renunciase para siempre á sus derechos á la corona de Inglaterra, de que perdonase y volviese á su gracia á cuantos habian contribuido en Escocia á su destronamiento, y sobre todo de que se entregase á ella la persona de su hijo, dando rehenes del cumplimiento de lo estipulado. Las condiciones eran duras; mas no podia pasar por otro partido la reina de Escocia si queria salir de tan triste cautiverio. Los príncipes católicos que se interesaban en su suerte por espíritu de religion y de partido, no podian prestarle en aquellas circunstancias grande auxilio. El rey de España se hallaba todavía muy embarazado con los moriscos sublevados, y aprestaba por otra parte la expedicion contra los turcos. En el mismo negocio estaba ocupado el Padre Santo. En cuanto á Carlos IX le daban demasiado que hacer sus planes con los calvinistas, para poder tenderle una mano protectora, y ademas no estaba lejos de negociar un tratado de alianza con la misma reina de Inglaterra. Dió oídos María, ó fingió darlos, á las proposiciones de Isabel, pues el odio era recíproco, la mala fé el móvil de todas las acciones de una y otra. No dieron, pues, ningun resultado las negociaciones. Mientras tanto el partido católico en Inglaterra, de quien era María el alma y secreta impulsadora, continuaba en sus tramas de subversion, y el duque recién salido de la torre seguia adelante con sus proyectos favoritos, y tomaba parte activa en todas estas tramas. Los planes eran vastos. Se trataba nada menos que del destronamiento de Isabel y del trastorno del protestan-

tismo. Se había entrado en negociaciones con el duque de Alba, vencedor por entonces en Flandes de los príncipes de Nassau, prometiendo el general español desembarcar cerca de Londres seis mil hombres. La conspiración estaba ya madura, y el alzamiento cerca de estallar, cuando fué descubierto por una persona no iniciada en el secreto, á quien se confió una suma de dinero para uno de los confidentes del duque que se hallaba en la frontera; mas sospechando por el peso que era oro en lugar de plata, como le habían dicho, lo puso inmediatamente en manos del Consejo privado, que ya tenía alguna sospecha del negocio. Se tomaron inmediatamente las medidas mas severas: los cogidos por de pronto confesaron de plano, y la trama se puso toda á descubierto. Los implicados fueron tratados todos con rigor, y el duque de Norfolk perdió la cabeza en un cadalso.

Rompió el descubrimiento de esta trama las negociaciones pendientes de la reina de Inglaterra con María, y se declaró la primera decididamente en favor del partido del rey en Escocia, contra las pretensiones y derechos de su madre. Perdió ésta mucho de su popularidad en el pais, por la parte que se le suponía en una trama que iba á atraer sobre la nación las tropas españolas, y una persona tan odiada como el duque de Alba. Contribuyó á hacerla mas aborrecida y despolarizar completamente su partido, la noticia de las matanzas de San Bartolomé, que como objetos de horror y de execración se presentaban á todos los católicos. El partido del rey volvió á tomar en Escocia la preponderancia con la declaración de la reina de Inglaterra, y el conde de Morton, puesto á la cabeza de las tropas del regente, obtuvo grandes ventajas sobre sus antagonistas.

Isabel, verificada ya su abierta ruptura con María, volvió á su antiguo proyecto de entregarla á los escoceses, mas con condiciones muy diversas. Entonces estipulaba que se la tratase con toda consideración y miramiento. Ahora exigía que se le formase causa por su

complicidad en el asesinato de su marido, y que se llevase á efecto inmediatamente la sentencia. Era imposible un proceder mas injusto; mas tal era el deseo en Isabel de deshacerse y vengarse de María. El regente de Escocia no pasó por tan duras condiciones, y la antigua reina de este pais continuó en su triste suerte de cautiva.

El regente, conde de Lenox, murió durante sus negociaciones de reconciliar los dos partidos. En su lugar fué nombrado el conde de Morton, bajo cuyo mando quedó en 1574 pacificada la Escocia, por medio del tratado de Perth, en virtud del cual se reconoció la religion reformada como la dominante del pais; se prestó por todos sumision á la autoridad del rey y á la del regente Morton, que en su nombre obraba; se declararon nulos todos los actos contra el rey despues de su coronación; se pusieron en libertad todos los presos por asuntos políticos; se devolvieron todos los bienes confiscados, y se concedió indemnidad por todos los crímenes cometidos desde el 15 de junio de 1567.